Un drama erótico

Miguel Angel Cordero Vicente

UN DRAMA ERÓTICO

Miguel Angel Cordero Vicente

Avant
editorial

Primera edición, julio de 2026
© Miguel Angel Cordero Vicente, 2026

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Ático A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 9791388206962
THEMA: FRH — FRC — VSXF — FBA
DEPOSITO LEGAL: M-17095-2026

EPILOGO

Hola. Mi nombre es Guillermo. En estas cuatro hojas os voy a resumir mi vida dramático-erótica, por nombrarla de alguna manera.

Cada uno la juzgaréis cuando la hayáis leído.

Yo era un chico, digamos, frágil, cobarde, tímido y, por qué no, tonto y feo.

En cuanto al físico, no es que sea muy agraciado y en mi adolescencia mucho menos, cuando empiezan a despertar en tu cuerpo las nuevas hormonas y el acné demacra tu físico, juntándose al mío.

Había chicas que me tiraban los tejos en Segovia, donde nací. Chicas que íbamos todos en grupo, éramos al menos doce en la pandilla.

Alguna de las amigas me tiraba el anzuelo, pero no picaba nunca por mi absoluta timidez.

Ellas normalmente se cansaban, de lo cual no me daba cuenta de ello; solo me miraba al espejo y sentenciaba el físico que Dios me había dado en una noche de tormenta, reflejándose el diablo en el espejo.

El grupo, con los años, se fue disolviendo y nos quedamos solos mi gran amigo, otro de la cuadrilla y yo.

Un día, en una discoteca, mi amigo Gaspar se lio con una chica de la que se hizo pareja. Nuestro otro amigo también se echó novia, por lo que me quedé yo solo. Aunque a veces quedábamos los cinco para tomar algo por ahí, aunque era incómodo para mí, casi me obligaban a quedar.

Un día, la novia de Gaspar trajo a una amiga, la cual no era guapa, sino lo siguiente. Quedé prendado de ella al momento, pero, como siempre, mis complejos hacían mella en mí.

Estuvo viniendo unos cuantos fines de semana y nos quedábamos siempre los dos juntos, hablando y riéndonos. Se lo pasaba muy bien conmigo al igual que yo con ella, pero nunca me atreví a insinuarme; pensaba para mí mismo que no podía competir por ella, que tendría pretendientes a su don.

Llegaron las vacaciones de verano y decidimos irnos los seis a un campin, donde dormimos en una cabaña de madera.

Había dos parejas y nosotros ejercíamos de «sujetavelas», como había sido mi vida.

La primera noche tocó la habitación grande de matrimonio a mi amigo Gaspar y su novia, Alba. Por la mañana empezó a oírse el cabecero golpear en la pared

contigua a donde dormíamos mi otro amigo y yo, mientras las chicas estaban en otra habitación aparte.

«Estaban follando sin vergüenza», pensé. Los gemidos de Alba debían oírse en todo el campin donde estábamos.

Cuando Teresa —la amiga de la novia de Gaspar— y yo decidimos levantarnos por la vergüenza que nos causaba tal acción. Decidimos irnos a buscar un bar para desayunar y explorar el terreno.

Aquí realmente es donde empieza mi vida promiscua, la que os comienzo a contar en la página uno.

No dejéis de leerla y saber lo que fui y lo que soy.

Espero que os guste mi vida agónica.

EXPLICACIONES DEL AUTOR

En primer lugar, quiero comunicarles que esta novela es totalmente ficticia. Lo acometida en ella es pura imaginación. Lo que quizá pueda resultar verdadero sería pura coincidencia.

Hola. Hacía tiempo que quería escribir una novela erótica. La empecé a escribir con mi puño y letra, pero a las pocas páginas que escribí me di cuenta de que no podía ser erotismo, si no pornografía.

No os voy a engañar al deciros que de joven no haya visto alguna película pornográfica. Sin embargo, no me gustan, ya que siempre es lo mismo sexualmente y no tienen una mínima historia que contar, siempre lo mismo. Algun@ de vosotros sabréis a qué me refiero.

Fue cuando me di cuenta de que yo no quería escribir eso.

Entonces se me ocurrió crear un drama con una nota de erotismo, lo que espero que os guste de esta manera.

Si la leéis, vosotros mismos dictaminaréis si es dramática, erótica o pornográfica.
De todas maneras, espero que os guste, ya que las frases me han salido del alma.
No es que me haya pasado algo parecido o me lo hayan contado; todo es pura imaginación mía, quizá fruto de lo que he oído o visto en películas de joven; sinceramente, no lo sé.
Ahora espero que disfrutéis con ella.
Gracias.

Me encuentro tomando un tazón de leche en mi pequeña cocina de mi reducido apartamento.

Alzo mis ojos hacia el calendario que cuelga en la puerta que da a una pequeña terraza de quince metros cuadrados. Bueno, en realidad no es tan pequeño; lo que pasa es que hace unos meses que me mudé aquí y todavía no me hago a sus proporciones. Venía de un gran chalet en las afueras de Segovia. Ahora vivo antes de llegar al acueducto, por fuera de él, en un apartamento diminuto que conseguí a un buen precio con cuatro muebles, suficientes para mí, con una cama de un metro cincuenta para mí solo.

Me quedo mirando el calendario.

«Mierda, hoy hace un año», me dije a mi mismo.

Me rasco la barbilla por encima de la espesa barba que me había dejado.

Voy al salón y saco mi portátil, más antiguo que las barbas de Matusalén.

Fue lo que pude comprarme después de la mudanza en una tienda de segunda mano; pero, para lo que lo uso, me sirve y me basta.

Hace un tiempo coincidí con una página web de emparejamiento. Lo único que tuve que hacer fue subir

a mi perfil una foto reciente y elaborar un cuestionario sobre cómo soy y qué busco en una mujer.

La verdad es que solo buscaba amistad de mujeres, poder salir a tomar un café por la ciudad, hablar… Y bueno, si surge algo, bienvenido sea; pero no era de esos que solo buscan sexo barato.

Subí una foto mía después de dejarme esta barba. No soy muy guapo que digamos, pero con la barba parezco un yihadista de metro ochenta y ojos azules. No sé qué voy a encontrar en el mundo así, pero por probar...

Estaba casado con la mujer más maravillosa del mundo: rubia, de ojos azules oscuros, como cuando en la noche se ve el mar desaparecer. Medía un metro setenta de estatura y tenía unos prominentes pechos, lo que en el sexo siempre había ansiado de joven, cuando veía revistas o películas pornográficas mientras mis padres no estaban en casa.

Nos conocimos porque me la presentó la novia de un amigo mío; no sé por qué le caí bien. Se reía mucho conmigo, aunque nos veíamos de ciento en viento al mes.

La verdad, yo también me lo pasaba muy bien con ella.

A la cuarta cita entre amigos, estando dos parejas al lado nuestro, quedamos Teresa —la chica despampanante— y yo. Por eso quizá estábamos todo el

tiempo juntos, hablando y riéndonos para dejarlos a ellos a lo suyo, cosas de enamorados.

Era el verano del dos mil nueve. Tomábamos una copa en una terraza de la Plaza Mayor de Segovia, donde se concentraban todos los bares para jóvenes de fiesta para oír y bailar música. En ese momento, la amiga de Teresa y la novia de mi amigo, Alba, dijo:

—He visto por internet un viaje de una semana no muy caro en un pueblo de Sevilla. Podríamos ir los seis de vacaciones la semana que proponen; es para la que viene y todos estamos de vacaciones para entonces.

Teresa y yo nos miramos repentinamente a los ojos, pareciendo pensar lo mismo, por lo que a la vez exclamamos:

—¡Vale!

Yo me ruboricé un poco, bajando la mirada, ya que soy muy tímido, como imaginaréis.

Trabajaba de administrativo desde que acabé mi carrera de Formación Profesional de cinco años en un bufete de abogados de la ciudad. Entré a trabajar a los veintiún años y vivía con mis padres, aunque me independicé al año siguiente. Era un piso compartido con tres chavales de mi edad; donde, realmente, alquilé una habitación para mí solo.

¡Perdón! No me he presentado. Me llamo Guillermo Martín Cariense.

En efecto, estaba de vacaciones. Después de nueve años de estar trabajando sin saber en qué consistía

tal nombramiento de la palabra en sí. Ese verano me complacieron con esas vacaciones que pedí en la oficina. No sé; creo que estaba enamorándome de Teresa, aunque nos viéramos de ida y venida.

Ella trabajaba en lo que estudió en su carrera universitaria, ingeniería informática. Por tanto, pensaba: «Cómo va a ser una chica para mí corazón. Pues tendría a hombres guapos y sexis revoloteando alrededor de ella, apuestos y con buena cuna».

El caso es que me gustaba estar con ella y que nos lo pasáramos tan bien como lo hacíamos.

Al día siguiente, mi amigo Gaspar y yo —amigo desde parvulitos, casi el hermano que no tuve al ser hijo único— fuimos a la agencia de viajes a contratar la semana dicha en un pueblo de Sevilla: Osuna.

Nos pidieron el dinero del viaje, el cual pagamos entre mi amigo y yo; luego haríamos cuentas entre todos, dijimos.

Gaspar y yo nos fuimos a tomar algo por la ciudad, la cual no es muy grande. Nos sentamos en una terraza de una calle contigua a la Plaza Mayor donde, cómo ya os he dicho, se cocía la fiesta del fin de semana; pero, durante los días de diario, eran cafeterías normales con sus terrazas y cafeteras echando vapor.

—¿Qué tal te llevas con Tere? —me soltó sin más Gaspar.

—Ja, ja, ja… —Me reí sin remedio—. A la vista está, Gaspar; creo que nos lo pasamos muy bien

cuando nos vemos. No os hagáis elucubraciones en la cabeza, que os veo venir.

—Me ha dicho Alba que le gustas a Teresa.

Alba, como ya os he dicho, era la novia —desde hacía tres años— de Gaspar, un tipo alto y bien apuesto; casi como yo… hubiera querido ser desde niño.

—Ja, ja, ja… Ya veis que nos llevamos muy bien. Como amigos le gustaré, igual que ella me gusta a mí.

—¿Solo te gusta cómo amiga?

Me lo soltó de sopetón, temía que se me notase que sentía algo más por ella. A mi amigo nunca le ocultaba nada.

—La verdad es que es una chica muy guapa y simpática. ¿A quién no va a gustar físicamente? Además, cuando la conoces, es encantadora, simpática, e inteligente; pero tendrá miles de perros mejor que yo detrás de ella, queriendo montársela por detrás.

—Me ha dicho Alba que nunca ha tenido relación ninguna, y la conoce como nosotros nos conocemos, desde niña… Por lo que te puedes figurar, es virgen.

—Estará esperando al chico perfecto en su vida.

Ella tenía veintiocho años; lista y guapa, lo tenía todo.

—Pues creo que ha encontrado al chico que buscaba.

—Me alegro mucho por ella; espero que sea muy feliz, se lo merece. ¿Vendrá entonces a las vacaciones

con nosotros? No nos ha dicho nada, no le hemos comprado el billete —exclamé con el corazón roto.

—¡A veces pareces gilipollas! Estoy hablando de ti.

—¡Venga, hombre! No te quedes conmigo. Ya sabes que soy muy enamoradizo y no puedo conectar emocionalmente con esa mujer tan maravillosa; parece que he renacido de la tormenta de anteanoche, entre los relámpagos y truenos, como Frankenstein.

—¡Pero, chaval! Nunca te has atrevido a entrar a ninguna tía y sé que les gustabas a muchas. ¿Por qué no le vas a gustar a Teresa?

—Pero, tío, una mujer tan bella, inteligente, con un trabajo que te cagas y dinero a doquier. Su padre es director general de la FASA, ¡va! ¿Y le gusta un mindundi como yo? Venga, no os quedéis conmigo, que sabes que luego gimoteo con la ilusión de que podía haber sido.

—Bueno, Guiller, yo te lo he dicho. Creo que tienes una gran oportunidad: de ti depende saber aprovecharla.

Gaspar y yo, con unos pinchos y unas cuantas cervezas, hicimos la mañana, por lo que no volvimos a hablar del tema.

A las cuatro de la tarde nos despedimos. Me fui a la leonera que teníamos por casa entre los inquilinos y yo, mis compañeros de piso. Teníamos prohibido subir chicas a casa, quizá por eso, para que no vieran lo

cerdos que éramos; aunque mi habitación la tenía impecable, con su televisor en una estantería, el que veía cuando llegaba de trabajar. Cenaba en la cocina y me metía en mi habitación a ver los programas tontos de la televisión hasta que me vencía el sueño.

Esa tarde, de camino a casa, no dejaba de dar vueltas a la cabeza con lo de Teresa ¿Sería verdad? ¿Por qué me iba a mentir mi mejor amigo? Entonces el estómago me dio mil vueltas, como si se me quedase vacío de repente, mientras mi corazón empezaba a funcionar como una locomotora antigua. No echaba vapor por las orejas porque sería muy *poltergeist*; sin contar mi cabeza desconsolada, imaginándome en los brazos de una persona que, creo que desde el primer día que la conocí, me atrajo ferozmente. Me figuro que como a muchos otros.

La parte creativa de mi cerebro pensaba en *Las mil y una noches*, novela que ni siquiera había leído.

Por un lado, soñaba con sus caricias y besos; pero, por el otro, seguro que podía llevarme un chasco bastante grande para mi alma.

«¿Dije beso? Madre mía, si a mis treinta añazos no he conocido mujer. Ni siquiera sé dar un beso profundo con lengua (solo lo había oído mencionar y visto en películas). Madre mía, qué hago si es verdad».

«Me ha dicho que era virgen… al igual que yo. Quizá ella esté igual de verde en el árbol, sin caer, esperando el sol para madurar».

Eso me consolaba un poco, pero qué íbamos a hacer dos personas sin ninguna experiencia sexual. Quizá sea verdad lo que dicen los profesores de natación: te tiras al agua y sales de ella sabiendo nadar.

«Qué ridiculeces pienso. La que me ha liado ahora Gaspar; voy a estar toda la semana pensando en ella con los nervios en el estómago».

Es verdad que algún día, cuando no estoy muy cansado y mis endorfinas se alborotan, tengo que acariciar mis veintisiete centímetros de pene, de un grosor bastante considerable, cuatro centímetros. El único que lo sabía era Gaspar, quien siempre se reía pensando en cuando penetrara a una mujer: «Sería como un parto», se reía de mí.

Con esas palabras que me decía aún me acomplejaba más, intuyendo que estaba mal hecho desde el nacimiento.

En alguna ocasión, desde que conocí a Teresa, al acariciarme en la cama pensaba en ella, en sus suculentos pechos. Fantaseaba con las películas porno que había visto alguna vez, imaginando que lo hacíamos de esa manera, sabía que esas cosas eran imposibles de hacer en una relación, pero era lo que mi mente recreaba, lo único que había visto de cerca sobre el sexo.

El lunes salíamos de viaje a Osuna, por lo que el domingo habíamos quedado los seis para hablar de la hora de salida y otros detalles.

«Dios mío, qué semana más mala he pasado. Parecía un adolescente enamorado por primera vez, perdiendo el apetito. Hoy es domingo, el día que la voy a ver de nuevo antes de las vacaciones».

Quedamos en un bar de la zona. Como siempre, al vernos nos dábamos dos besos castos en las mejillas como saludo. Ese día, todos me notaron mi rubor; encima, veía a Gaspar bebiendo una cerveza con el borde del vaso metido en su boca y notaba como se reía, lo cual me avergonzó aún más.

—Hola, Guillermo. ¿Qué tal la semana antes de las vacaciones? —me dijo su voz angelical con una sonrisa de las suyas.

—Te he dicho mil veces, Tere, que todos me llaman Guiller. ¿Por qué tu no? —le dije sonriendo como un tonto con un chupachups en la boca.

—Es que me parece tan bonito tu nombre al completo… que me da pena desbrozarlo.

—Bueno, si es así, me puedes llamar como te guste. Ja, ja, ja… —me reía como un idiota—. En cambio, a mí me gusta más Tere; no me parece tan… tan de mayor.

—Ja, ja, ja. ¿Te parezco mayor?

La cara se me cayó al suelo de la vergüenza, y sin saber cómo…

—Tu cara parece de terciopelo, pareces un capullo de rosa que empieza a nacer. Para nada te considero

mayor, ni mucho menos; eres la niña de mis ojos, que nunca han visto a una mujer igual.

—Uy… No conocía esa faceta poética en ti.

—Bueno, será que, al ver ojos tan bonitos, te esbozo en un lienzo, admirando lo bonita que eres.

—Ja, ja, ja… Tus ojos también son muy bonitos.

—Gracias, eres la primera persona que me lo dice.

No sé de dónde salieron esas raíces tan fuertes de mi cerebro para decirle eso… El caso es que empecé a hablar, como siempre de cosas elocuentes que habían ocurrido o podrían ocurrir, con un toque de humor serio por mi parte. Tere no dejó de reírse a carcajadas toda la noche sin moverse de mi perímetro personal.

Como siempre, la noche había llegado a su fin; pero, en esta ocasión, al día siguiente nos íbamos a ver, sobre todo una semana de vacaciones. Mi corazón bombeaba sangre a punto de explotarme las venas coronarias.

Esa noche casi no pude dormir: solo pensaba en ella y en lo que me dijo Gaspar.

Mi bolsa grande de deportes la tenía lista con mi ropa desde que compramos los billetes.

Por fin, a las nueve de la mañana, salí de casa sin desayunar camino al Acueducto, donde a las diez salía el autocar para el viaje. A causa de los nervios, no podía resistir más en casa y me fui a la parada a tomar el aire por el camino, a ver si mi mente se despejaba de mi sufrimiento.